



REDACCION Y ADMINISTRACION,
Compostela, número 71 (entresuelos.)

SEMANARIO SATIRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA,
Victor P. de Landaluze (D. Junipero.)

AÑO 1.º

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA.
UN MES, \$1.—SEIS MESES, \$5.25—UN AÑO, \$10.
Número suelto: 25 Cents.

HABANA 7 DE AGOSTO DE 1870.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
TRES MESES, \$3.75—SEIS MESES, \$7—UN AÑO, \$12.75
Número suelto: 30 Cents.

NUM. 40.

SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por JUAN PALOMO.—Un viaje submarino... hasta cierto punto; por JUAN DE LAS VIÑAS.—Bocetos á la pluma. Luis Napoleon, por G. B.—Cuentos de manigua: La partida de la muerte. por JUAN SIN TIERRA.—Epístolas á Juan Palomo: de Nueva-York, por JOHN BULL; de Barcelona, por SERAFI PITARRA; de Puerto Rico, por JUANITO.—Antonio Fernandez, por JUAN SOLDADO.—El Maruga, por JUAN DANDOLO.—Sartenazos.—Advertencia.
CARICATURAS, por DON JUNIPERO.—Retratos del príncipe Leopoldo, y Fernandez García, por Cisneros.

MENESTRA SEMANAL.

Vamos á cuentas.

Hablo conmigo mismo, porque siendo cosa de cuentas, no permito que nadie me las ajuste, pudiendo ajustármelas yo, á satisfacción propia.

Tengo la hornilla encendida y la cacerola á punto para recibir los ingredientes que en razonables proporciones, y segun aconseja el arte de la cocina, han de entrar en la menestra de hoy; quiero hacer un buen potaje, un plato de gusto, y á fé que pocas veces tendré á mano mejores especias; y si nó, ya lo irán viendo ustedes.

Hay hombres verdaderamente desgraciados, si señores, hombres que son el rigor de las desdichas, que cada día de su vida arguye un nuevo desengaño, y que cuando no les sale la criada respondona, tienen la candidez de no contar con la huésped, y esta huésped es la que acaba siempre por ponerles las peras á cuarto.

Uno de estos hombres es, vamos al decir, el sobrino de su tío.

Este buen señor, tan dado á meterse en los asuntos de España, vicio de familia, y tan desventurado en esos manejos, no hay cosa que no eche á perder ni persona que desee encumbrar, que no corra el riesgo de morir aplastada.

Porque, eso sí, como se trate de darle alguna desazon á ese caballero, no hay un español que no se ponga en punto de caramelo, y diga: ¡al avío!

Pues como iba diciendo, nadie en España conocia, ni por el forro, al príncipe *Singerlinga*, cuando al general Prim se le ocurrió hallarlo excelente para rey; los españoles se reían, ¡pues no se habian de reír! pero tuvieron la sensatez de no enfadarse, calculando que si á cada nuevo candidato que le sale al trono de España, fueran á incomodarse, diciendo que *nones*, sería cosa de vivir en perpétua sofocación.

Pero hé aquí que de París escriben, que nuestro gran amigo el intercadente, incipiente, semoviente y astringente emperador Napoleon III, amenazaba con sulfurarse si los españoles tomaban la cosa del alemán por lo sério, y este aviso, destinado á meternos el

resuello, tuvo un resultado contraproducente, muy propio para alterar las imperiales bilis.

Como que los españoles empezaron á encontrar simpático, y buen mozo, y con garbo al coronel de caballería prusiano, el cual adquiria una importancia gigantesca y elocuente, visto al través de la mala voluntad del susodicho caballero.

Después las pretensiones del de Hohenzollern hicieron *mútis* de la escena de nuestra política.

¿Quieren ustedes más desgracias?

Pues ahí vá una muy gorda: D^a Isabel abdica en su hijo D. Alfonso ciertos derechos que no son para contados ni discutidos; hombres de valía, profundos políticos y conocedores de la opinion pública en España, le hacen dar este paso, por el cual queda D^a Isabel relegada á la sencilla categoría de ama de su casa; al niño Alfonso no le faltan partidarios, los tiene en el Congreso, en el periodismo, en el clero, y no veo un motivo porque no las tenga tambien en el ejército y en la marina, por más que nadie le diga, y precisamente por lo mismo que nadie lo dice, por mi parte, lo digo como lo siento: desde que he visto que se compuso lo de Capa Rota, encuentro que no hay nada en el mundo que no tenga soldadura. Descartada hábilmente la mamá del juego, lo demás.....

Pero ¡oh dolor! antójasele al bueno de Don Luis hacer público alarde de las simpatías por el chico, y los españoles empiezan á torcer el gesto; las simpatías se traducen en proteccion, y los españoles se escaman; la proteccion toma cierto viso de amenaza, y los españoles, que estaban blandos, se ponen duros, difíciles de pelar y dispuestos á dar mucho palo al que quiera imponerles condiciones, porque dicen, y dicen bien, que el rey que escojan no ha de venir por ese camino.

Y ahí tienen ustedes cómo viene á comprobarse que no hay en el mundo nada más temible que un amigo torpe y un toro de Veraguas.

Mi señora D^a Margarita de Borbon y de Este ó de Aquel, esposa *tersa* de su *terso* esposo, tras nueve meses de un estado de intercadencia significativo, ha echado al mundo un rollizo mamón que se llama Jaime.

Felicito á los papás, y deseo que al chico le salga la barba.

Porque dada su procedencia, el día que Jaime tenga patillas, será sin duda otro *Jaime el Barbudo*.

Se ha publicado un folleto en Madrid, y algun ejemplar de él habrá ya por la Habana,

que se titula: *¿Por qué rechazais al duque de Montpensier?*

La forma interrogativa del título hará constatar á más de cuatro:

—Porque me dá la gana.

La evacuacion de Roma por las tropas francesas se ha verificado ya; el Pontífice se ha quedado abandonado, solo entre unos centenares de miles de paisanos suyos, que ya deseaban poder salir por la mañana á la calle sin poder echarse á la cara á un francés por vía de desayuno.

Pero nó: Su Santidad no se ha quedado ni solo ni en la buena compañía de su amantísimo pueblo; ha tomado, ó decidido tomar, las de Villadiego, camino de Malta.

Lo que no se sabe es lo que habrá hecho el Padre Santo del rebaño de 700 obispos que tenía en su beatísimo aprisco.

Setecientos obreros del Señor, que han estado sudando la gota gorda, trabajando en hacer al Papa infalible con todas las reglas del arte.

Las últimas noticias de la guerra se complacen en no decir nada de particular.

Que los franceses adelantan un tantico y que los prusianos retroceden unas pulgadas.

Que se han cambiado media docena de tiros, sin éxito probado.

Que el Emperador se ha puesto al frente de su ejército, como diciendo: «aquí hay un majo para otro majo.»

Que el rey Guillermo ha hecho lo mismo, como quien dice: «no te compongas.»

Todo el mundo espera con ansia la gran embestida, porque eso vá á ser lo nunca visto, sentido ni oído.

Como yo lo temo todo de la mala suerte de Napoleon, le aconsejaría que no se batiera, y de batirse, que no lo hiciera con arma de fuego, no fuera á irsele el tiro por la culata.

Es bueno ser previsor; sobre todo cuando se crien hijos para tan altos fines.

Y aquí debiera acabar y acabaría, si no hubiese una noticia satisfactoria que dar á los franceses, á quienes aprecio en lo que valen, aunque no me gusten las partidas serranas del sobrino de su tío.

Han regresado á Nueva-York Manolito Quezada y Pepe de Armas.

Las vacas y toros han mugido ya libremente en Francia.

Ha vuelto á bajar el precio de la carne, que iba á subirse por las nubes.

Y..... lo demás se lo dirá á ustedes en su graciosa epístola el amigo *John Bull*.

He dicho.

JUAN PALOMO.

UN VIAJE SUBMARINO.....

HASTA CIERTO PUNTO.

A bordo del *Suffolk*, 26 de Julio.

Interrumpo mis anteriores razonamientos una voz que grita con fuerza:

—*The smock*.

Efectivamente en el horizonte percibimos un humo ligero; una trasparente gasa que enturbia un punto; una cosa así como si comprara V. una vara ó dos de tul negro en *Las Ninfas* y lo colgara de un clavo en el horizonte. Me me parece que me esplico.

Aquel humo, que apenas se vislumbraba, nos causaba á todos la misma satisfaccion que el que chupamos de un rico veguero; sobre todo si nos lo regalan.

Porque la cuestion es que no han llegado los buques que trasportan el cable submarino, que ha de servir de pretexto para que se pongan en conversacion la playa de Batabanó y el castillo del Morro de Santiago de Cuba.

—Hola, paisano; dirá sobre poco más ó menos la playa.

—Perdone V., señora, que tengo fuero militar.

—Nó, hombre; le llamo paisano porque los dos somos de la misma tierra.

—Ah! pues no me gustan las bromas.

—Y cómo vá de mambises?

—Hace dias que no me almuerzo ninguno.

—Pues ya sabe usted, paisano, que acabamos de darles el gran *camelo* del siglo; pues ellos, que se creen seguros con mantener interrumpida la comunicacion telegráfica, no cuentan con que nosotros sabemos hablar por debajo del agua.

—Qué *pesqui* tiene V., vecina! ¿Y quién hace esta buena obra?

—Los ingleses.

—Jem! los *ingleses* han sido siempre los mayores enemigos del Zeñó Calo Manué.

Y por el mismo estilo, sostendrán un par de conversaciones diarias la señora playa del Sr. de Batabanó y el extremo de la isla.

Pero me he separado de lo que iba diciendo.

Pues, señor, no han llegado los vapores, y esto tiene caviloso é inquieto al activo Sir Charles Bright, director de toda esta *maquinaria*. Y la inquietud no es cosa de cuidado. ¡Caracoles! Se trata de una empresa en la que hay invertidos doce millones de pesos; con que ayúdeme V. á sentir y vamos á ver si el más ligero contratiempo no es para que se le arrugue el ombligo (perdonen ustedes la confianza) al más pintado.

Además, cada día que se pierda representa fuera del bolsillo para la compañía, *tres mil pesos*, que es lo que diariamente, todos los dias, cada veinte y cuatro horas le cuesta el flete de los buques que tiene empleados en estas operaciones.

Tres mil pesos no son moco de pavo; no digo yo en estos tiempos que á todo el mundo le ha dado por romperle el bautismo á su vecino, sino en otro cualquiera en que nos comiésemos los hombres mutuamente de puro afecto.

Por eso aquel *smock*, hacía bailar en un pié á los más interesados en el negocio, y á mí, que también tengo grande interés por el beneficio que reportará el país, y porque me gusta todo lo bueno, me ponía en baile, pié y medio lo menos.

Aquel *smock* fué tomando poco á poco la forma de un buque y todos pudimos ver distintamente que era el *Suffolk*, el anhelado *Suffolk*.

Pero ya tendremos tiempo de hablar de este vapor. Ahora contaré á ustedes, en confianza y con la mayor reserva, en qué vá á invertir doce millones de pesos la compañía establecida en Londres con el título de *West Indian and Panamá telegraph Company*; que traducido al

castellano, viene á decir sobre poco más ó menos:

—Caballeros, se acabaron las distancias entre la Europa, la América del Sur y las Antillas. He dicho.

Vamos á ver cómo se acaban las distancias. Se trata nada menos que de ir tendiendo cables telegráficos sub-marinos, del modo siguiente:

De Batabanó á Santiago de Cuba; desde aquí á Jamaica; desde Jamaica han de partir dos, uno para Colon-Aspinwall y otro para Puerto-Rico. Desde esta isla española á San Thomas; de San Thomas á San Cristóbal; desde allí á la Antigua; después á Guadalupe; á la Dominica luego; desde aquí á la Martinica, y saltando de una en otra Antilla, por este orden, á Santa Lucia, San Vicente, Barbadas; desde el mismo San Vicente, otro á Nueva Granada y desde aquí á Trinidad y Demarara.

¿Se van ustedes enterando? Pues cojan un mapa y se enterarán mejor.

Me parece que con lo dicho basta para que se comprenda la grande importancia que tiene la empresa que acomete Sir Charles Bright, colocando en Batabanó el primer eslabon de la cadena, que muy pronto unirá todas las Antillas.

Nada menos que 3,173 millas de cable submarino van á tenderse por esos mares; y toda esa enorme cantidad de alambre, hierro gutapercha y cañamo la llevan metida en la barriga (perdonando el modo de señalar) los vapores *Suffolk* y *Dacia* y cuatro grandes fragatas que hay en Kingston, esperando la llegada de dichos vapores.

La prensa inglesa y la americana, que dán á las cosas la importancia que verdaderamente tienen, han enviado su corresponsal á la expedicion, y aquí, enfrentito de mí, está escribiendo Mr. James Gall, joven simpático, no muy bonito de cara, la verdad sea dicha (y lo revelo en confianza á mis lectoras); pero que tiene mucho talento y escribe muy bien.

JUAN PALOMO, que no es menos que nadie, ni aquí ni en Valladolid, tiene tambien su representante en mi humilde persona.

¡Vaya un periódico, caballeros, que se encuentra en todas partes trabajando en favor de sus lectores, y ansioso de contarles cosas nuevas, bonitas y baratas!

El periódico este se mete en el *Suffolk*, disfrazado de *Juan de las Viñas* y por lo tanto es preciso que le diga á usted, señor público amable, algo de este buque.

Hablemos de él.

El *Suffolk* es un vapor que mide 1,100 toneladas (todo es medida inglesa, por supuesto) que tiene 265 piés de eslora, 30 de manga y 22 de puntal.

Leva en la bodega doce millas de cable de costa; cien millas, del que llaman intermedio y que se emplea en los mares de poco fondo, como estos desde donde escribo, por ejemplo, y del cual se emplearán unas setenta millas para establecer la comunicacion entre Batabanó y Santiago de Cuba.

Ya explicaré después la diferencia que hay entre estas tres clases de cables.

Se me olvidaba decir que el *Suffolk* es inglés, en el buen sentido de la palabra, y que si algo debe es andar mucho, porque el condenado es largo y estrecho cual alma de vizeaino, como dice aquel *dicho* que tenemos los españoles.

La cuestion capital que tenemos al saltar á bordo es una de suma importancia.

¿Podrá el *Suffolk* atravesar los mares por donde se ha de tender el cable?

Hay quien dice que nó, y quien lo dice son algunos de esos hombres que se llaman *prácticos*, porque conocen el mar como la madre que lo ha parido, vamos al decir.

Sir Charles Bright, hombre enérgico y de irresistible fuerza de voluntad, dice que sí: que debe pasar y pasará. Al oírlo, estoy seguro que el barco dice refunfuñando:

—Quien manda, manda, y cartuchera en el cañon.

Un viejecito de más de setenta años, que es uno de los *prácticos* que asisten á la conferencia —digo; si podrá ser práctico con esa edad!— asegura con toda la fuerza de sus pulmones, ya algun tanto débiles, que el barco no pasa

aunque se empeñe el *improvisado de Dios* (palabras textuales.)

Sir Charles Bright hace diez y seis años que se ocupa exclusivamente en establecer telégrafos submarinos. Conoce todas las tretas de que el mar se vale para oponerse á que en sus dominios se meta un *corre-ve-y-dile* tan hablador y chismoso como es el telégrafo: casi todos los cables que funcionan en el mundo los ha colocado él; díganme ustedes ahora si habrá encontrado dificultades! Pues todas las ha vencido. No ha de venir aquí á ahogarse en poca agua; pues de poca agua es la cuestion.

Adelante.

Voy á ser testigo mudo de la lucha que vá á entablarse, entre el talento, la entereza de espíritu y la poderosa iniciativa de Sir Bright por una parte, y el *improvisado de Dios*, como dice el viejo, por la otra.

Aguardemos.

JUAN DE LAS VIÑAS.

BOCETOS A LA PLUMA.

LUIS NAPOLEON.

El día 2 de Diciembre de 1851, el presidente de la república francesa, Luis Napoleon Bonaparte, después de haber hecho una excursioncita á los alrededores de Paris, se presentó á las puertas de la gran ciudad diciendo á los republicanos que queria ser Emperador.

Tiros, muertes, torrentes de sangre, y el imperio quedó fundado.

El golpe de Estado varió la faz de las cosas en Francia.

Ahora bien: ¿era aquel hombre la continuacion del que habia sucumbido en Sta. Elena?

¿Era aquel nuevo imperio la continuacion del que habia sucumbido en Waterloo?

El dilema es fatal.

En honor de la verdad, preciso es confesar que el prestigio del nombre que llevaba, influyó mucho en los ánimos.

Por otra parte, nadie podía negarle que habia atado los cabos perfectamente.

Aquel rasgo atrevido hizo que en un momento llenase su nombre toda la Europa.

¿Qué habia sido hasta entónces?

¿Qué ha sido después?

La respuesta á estas dos preguntas, constituye su verdadero retrato.

Luis Napoleon nació en el mes de Abril de 1808.

Sus papás fueron Luis Napoleon y la reina Hortensia.

A los siete años se quedó sin esperanza alguna de corona, y en la proscripcion no tuvo más remedio que dedicarse á una carrera para ganarse la vida.

Las ciencias políticas y morales, la medicina y la estrategia militar, las matemáticas sobre todo, fueron sus estudios predilectos.

Jóven aun, publicó un notable *Manual de Artillería*.

Desde el principio demostró que era digno vástago de la familia que desde el seno de la Córcega habia salido con ánimo de sentarse en los tronos de Europa.

Pero la desgracia fué compañera de su juventud, y vivió muchos años como un caballero particular, recorriendo tierras, pasando apuros mayúsculos; y acaso, soñando en lo que ha realizado.

El fué el jefe de la conjuracion que condenaron los Pares de Francia el 6 de Octubre de 1840, enviándole á la fortaleza de Ham, donde empleó sus ocios escribiendo algunas obras muy notables.

Seis años después se escapó disfrazado de albañil y buscó asilo en Londres. Dos años más tarde estalló en Francia la revolucion del 48; y nuestro héroe se hizo el aparecido.

El 26 de Setiembre ocupó el asiento que Francia le habia designado en la Asamblea nacional.

Los pueblos reflexionan, y el francés pensó de esta manera:

Luis Napoleon ha pasado trabajos, es liberal, lleva un nombre glorioso, puede ser un gran ciudadano y un presidente de *primo cartello*.

Y dicho y hecho.

Napoleon fomentó esta creencia, derribó á Cavaignac, fué presidente de la república, co-

noció el terreno que pisaba, y por obra y gracia de su voluntad, y de las bayonetas del ejército, se nombró emperador de los franceses en toda forma, es decir, con todo el aparato del sufragio universal.

Los que esperaban medrar á su sombra se entusiasmaron; los hombres apocados le recibieron bien con la esperanza de que un hombre que había sido ciudadano, que conocía las necesidades de las masas, sería el modelo de los soberanos modernos: los republicanos rojos se las juraron y se repartieron por el globo.

Los que esperaban hallar en él un monarca digno de la libertad, tenían razón para esperararlo.

Napoleon se encontró en su camino á todas las testas coronadas, y se casó con la linda condesa de Teba; encontró la nobleza antigua, y creó otra; encontró al pueblo soberano, y mandó derribar las casas, abrir anchas calles, formar *bulevares* espaciosos.

Se encontró con la bancarrota, y llamó en su auxilio al crédito.

—Pueblo francés, dijo á la Francia, tienes trabajo, ganas y te sobra dinero, préstamelo; yo voy á emprender guerras, á conquistar influencia, á hacer tratados, y á donde vayan mis armas irán vuestras mercancías.

El resultado de los empréstitos le demostró que no se había engañado.

Y estuvo en Oriente, y ganó á Sebastopol, y fué á Roma, y simuló que unía á la Italia, y vino á Méjico é hizo lo que ustedes saben.

Ha logrado hasta ahora mantener el interés de los franceses, y sacarles por un lado los cuartos que les ha dado por otro.

Es, como dice Ortiz de Pinedo, el empresario de Francia.

Luis Napoleon ha podido, con el prestigio de su nombre, ser el monarca de la civilización; ha podido arraigar la paz en Europa, dar nobles y altos ejemplos de justicia.

Los que deseen conocer á fondo la historia íntima del emperador de los franceses, pueden buscar un libro impreso en Lóndres y titulado *Los amores de Napoleon III*. Allí se cuentan todas sus aventuras con una dama florentina, con la célebre actriz Mad. Gordon, con Miss Howard y con otra multitud de señoras.

Hoy se halla empeñado, y ha empeñado á la vez á su nación, en una gran contienda con Prusia, originada por la candidatura del príncipe *Sinlaringe* al trono de San Fernando.

¿Cómo saldrá de ella?

Eso, pronto lo sabrán ustedes.

G. B.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO TERCERO.

LA PARTIDA DE LA MUERTE.

III.

La impaciencia devoraba á Luciano Godoy, pues no hacia más que tender la vista hácia adelante, queriendo llegar con el pensamiento al rancho que se proponían sorprender; parecía que la presa había de escaparse de sus garras, y comprendiéndolo su amigo Alejo Alcántara, que se había acostado sobre la yerba caliente con el mismo placer que un sibarita encima de un mullido cojín, le dijo sonriéndose:

—Se conoce bien, querido Luciano, que eres todavía muy niño.

—¿Por qué?

—Porque no sabes dominar tus pasiones. Lo que está escrito, escrito está; deja venir los sucesos, que no llegarán más pronto por tu inquietud.

—¿La sombra de mi padre me empuja!

—Lo comprendo, pero no olvides que si llegamos al sitio ántes de la hora convenida, ó espantamos la caza con nuestra presencia, ó corremos peligro de que siendo pocos, nos copen.

—¿Eso nunca! gritó Godoy con exaltación.

—Fías en tu valor, pero es preciso contar siempre con la huéspeda, y la huéspeda, amigo mío, es aquí el aluvión de mambises. Acuérdate de aquellos versitos:

«Vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos,
que Dios ayuda á los malos
cuando son más que los buenos.»

—¿No se atreven con nosotros!

—Ya se han atrevido muchas veces, y no quisiera que por ser ménos, nos cobraran sus escarmientos molándonos á palos; y cree que no lo digo solo por el amor á mis costillas, sino porque destruiríamos la reputación de la *partida de la muerte*. La orden que llevaba nuestra gente era dividirse en cuatro fracciones, que caerán dentro de dos horas en el punto de la cita; allí nos reunimos todos, y como los rebeldes encontrarán cortados los caminos, nos atracaremos de carne.

—Tienes razón, dijo Luciano moviendo la cabeza á derecha é izquierda y echando pié á tierra con disgusto muy marcado. Nada ganamos con adelantarnos; esperaré.

—Siéntate aquí sobre la fresca yerba que tanto cantan los poetas bucólicos, y pronto me dirás que son unos embusteros, pues la *frescura* la encontrarás solo en la impavidez con que mienten. ¡Canastos! si continúa aquí un cuarto de hora más, puedo comerme mis muslos, tostados ya como el lechón de Noche-buena.

Sentóse el joven Godoy sin hacer caso de la observación justísima de su amigo, y apoyó el codo en la rodilla y la barba en la mano, como el que se prepara á meditar, pero Alejo le sacudió el brazo, diciéndole:

—¡Eso nó! Aquí no se permite perder el tiempo en reflexiones inútiles. Hablemos de cualquiera cosa para hacer hora.

—Cuando estoy en vísperas de dar un golpe, quisiera que el reló tuviese alas.

—Eso es natural, Luciano, en los hombres de imaginación viva; yo cuando me siento á la mesa, cómo con el mejor apetito, pero no me inquieto ántes por la tardanza; saber esperar es la ciencia de los hombres.

Godoy consultó por tercera vez su reló.

—Hablemos de Valentina, dijo Alcántara encendiendo un veguero; las mujeres son un recurso poderoso para los desocupados y para los que se preocupan por todo. ¡Hé ahí otra víctima de la insurrección! Puede decirse que esa pobre niña se encuentra hoy entre la espada y la pared.

—Es verdad, Alejo; tú sabes que la amaba con toda la expansión de mi alma; ella llenaba mi existencia, y sin la fatalidad que se interpuso entre los dos, ya llevaría mi nombre. La fortuna me sonreía, y hubiera sido muy dichoso á su lado. ¡Infeliz!..... ¡Mi desgraciado padre la quería con predilección!

—Ella lo merece, Luciano, y no tiene la culpa de que se haya levantado la barrera de la política: barrera que no sé cómo vencerás.

—No quiero pensar en eso, porque me volvería loco. Su hermano Ramon fué de los primeros que se marcharon del pueblo para lanzarse al campo de la rebelión, y su madre..... ¡ay! ¡su madre!.....

—No me hables de ella, querido; esa doña Rosalía es un energúmeno, y estoy temiendo que el mejor día le dé un susto el comandante general, pues no procura esconder sus simpatías.

—Sí, Alejo; me detesta de muerte desde que salí á vengar el asesinato de mi padre. Doña Rosalía y yo no cabemos juntos en ninguna parte.

—Y Valentina ¿cómo piensa?

—Valentina no mira más que por mis ojos; piensa con mi cerebro, y llora su desgracia, pues tiene miedo á su madre.

—Y hace bien, amigo mío; yo no tengo miedo á una legión de mambises; y esa buena señora me infunde hasta el pánico. ¡Es una fiera con falda! No me sorprendería verla mañana abandonar su casa y correr por las maniguas con la tea en la mano, animando al combate á los pobres de espíritu.

—Ella me distinguía mucho y me había acostumbrado á quererla á pesar de sus defectos; pero apenas estalló la insurrección, envió á su hijo al campo rebelde, y como comprendió que yo era fiel á la bandera de mi padre, no perdonó medio ni ocasión de zaherirme y de robarme el cariño de su hija; ésta se mantuvo consecuente á fuerza de lágrimas, pero cuando esos malvados asesinaron á mi padre y juré vengarlo, me prodigó insultos que solo á ella hubiera tolerado por ser madre de Valentina.

—Yo en tu caso la hubiera estrangulado.

—Eso es espuesto, porque si el pueblo se apercibiera de sus ideas, correría gran peligro de ser víctima de las escitaciones, y mi buena Valentina sufriría las consecuencias.

—Y ¿qué piensas hacer?

—Ahora, caro Alejo, no pienso más que en vengar la muerte de mi anciano padre; si triunfo, y Dios me concede la vida, ella me marcará la senda que deba seguir.

—¿La ves á menudo?

—Su madre le ha prohibido toda comunicación conmigo; pero burlando su vigilancia, me escribe siempre que puede, y cuando voy á la villa la veo en casa de su amiga Loreto, sin que doña Rosalía lo sospeche siquiera.

—No sería malo mandar una noche á su casa algunos de los perros de presa de nuestra partida para que le dieran un susto y domaran su instinto salvaje.

—¡Dios me libre! Eso traería funestas consecuencias, y Valentina nunca me lo perdonaría.

—Las mujeres, amigo mío, son una calamidad pues evitan al hombre que haga cosas grandes. Créete que sería de buen efecto ese golpe contundente contra una bruja que no goza de simpatías en el pueblo.

—Lo sé, pero la madre de mi amada es para mí un objeto sagrado.

—Sin ese amor valdrías doble, sobre todo ahora que te has hecho un hombre notable. Por eso yo nunca cometí la torpeza de enamorarme de una mujer.

—No digas eso, Alejo; conozco tu vida como la mía, y no puedes engañarme. Acuérdate de Polonia.

—Ay, Luciano! ¡Qué criolla tan sabrosa! Si no hubiera tenido nervios, quizá me hubiera fijado en esa mujer.

—A pesar de sus nervios, la adoraste.

—Pero recuerda que al mismo tiempo llevaba relaciones con Eloisa, con Antonia y Margarita, una trinidad deliciosa. Ahora estoy en el paréntesis de la calentura, haciendo la vida militar y espuesto á cada hora á que me den el pasaporte para el otro barrio; tú me alborotaste los cascos, y aunque no me pesa seguir contigo esta serie de aventuras, convendrías en que era más agradable perseguir mujeres por las calles de Cienfuegos, que andar por montes y vertientes detrás de estos galgos corredores que no proporcionan más que cansancio para el cuerpo y agitación para el alma.

Luciano Godoy consultó su reló por cuarta vez, y poniéndose en pié, dijo:

—Ya es hora; vamos, Alejo, que me devora la impaciencia.

—Vamos á darte gusto.

Apénas se había levantado el jefe de la partida, ya estaban los movilizados con el pié en el estribo; y un momento después emprendían la marcha, yendo delante los dos amigos, pero á una seña de Alejo se adelantaron dos hombres, colocándose á vanguardia, sin duda por precaución, puesto que se acercaban al sitio del peligro.

Media hora anduvieron en silencio, pues ni el mismo Alcántara, que era hablador por naturaleza, manifestaba deseos de comunicarse con su amigo, ocupado sin duda del calor sofocante que los asfixiaba. Al salir de la vereda, reparó Alejo en los soldados de la descubierta, que se habían parado á la derecha, mirando hácia el suelo con fijeza, y queriendo averiguar el motivo de la detención, metió las espuelas al caballo para llegar al sitio indicado.

La sorpresa del joven la comprenderá el lector cuando le dé la explicación conveniente. Sobre la yerba se alzaba una tosca cruz de madera, y de ella pendía una tabla, donde se leía la siguiente inscripción:

AQUÍ ESTÁ SEPULTADO EL CUERPO

DEL RENEGADO CUBANO

LUCIANO GODOY

MUERTO Á MANOS DE LOS VALIENTES SOLDADOS

DEL EJÉRCITO LIBERTADOR DE CUBA,

EN LA ACCIÓN DEL POTRERILLO.

¡JUSTO CASTIGO Á LOS TRAIADORES!

Los movilizados miraban á su jefe Alcántara con un asombro parecido al estupor; el joven soltó una carcajada estrepitosa y se volvió para salir al encuentro de su amigo, preguntándole ántes que llegara al sitio de la cruz:

—Francamente, Luciano: ¿estás vivo ó muerto?

—No te entiendo.

—Tú crees que vives, pero es mentira, y vés á convencerte de que te mataron en la acción del Potrerillo.

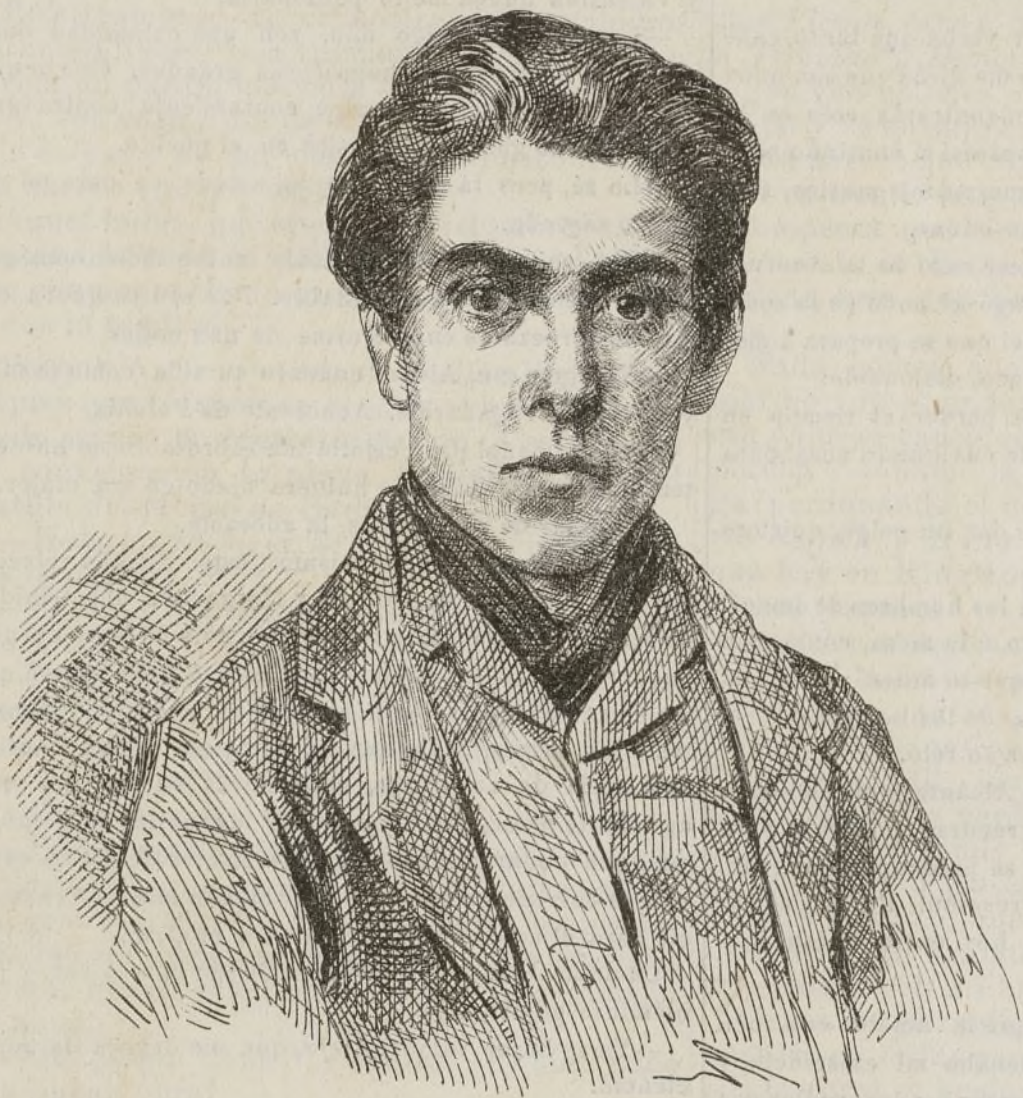
—Déjate de chanzas.

—Sigue tu camino, y abre mucho los ojos, porque todos serán pocos para ver lo que voy á enseñarte.

Y los dos jóvenes se acercaron al sitio de la cruz de madera.

(Continuará)

JUAN SIN TIERRA



ANTONIO FERNANDEZ GARCIA,



EL PRINCIPE LEOPOLDO HOHENZOLLERN SIGMARINGEN.



Ea, caballeros! ahí está la botella y el tirabuzón; vamos á ver quien la destapa.



Litog. é Imp. del Comercio, Obispo 87.

NAPOLÉON.—Querido Cardenal, yo estoy muy ocupado, pero aquí os dejo este protector.

ANTONELLI.—Quiere probar este licorcito?

VÍCTOR MANUEL.—Gracias, se me sube á la cabeza.

UN FAMILIAR (aparte.).—Me parece que podemos ir preparando la maleta.

Ayuntamiento de Madrid

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO".

NUEVA-YORK, 28 DE JULIO.

Si alguna vez es difícil el cumplimiento de un deber, es en este momento, que cojo la pluma para escribirte mi acostumbrada epístola.

Difícil por más de un concepto: difícil, porque no tengo noticias que comunicarte: difícil, porque es tal el calor que aquí tenemos, que es imposible saber á punto fijo si estamos vivos ó muertos.

Es de suponer que vivimos, por lo mismo que sentimos el calor, según aquel principio filosófico: *ergo cogito, ergo sum*.

Pero no está determinado si, después de muertos y dando de barato que pasásemos un rato de antesala en el ministerio del Excmo. Sr. D. Pedro Botero, sentiríamos más calor del que sentimos.

Porque Nueva-York y sus alrededores son desde hace dos semanas las verdaderas calderas del mismísimo Sr. Botero que acabo de mencionar.

Los romanos celebraban en el mes de Julio sus fiestas mercuriales; pero te aseguro que no es preciso ir á Roma para ver á Mercurio hacer de las suyas, que aquí también nos obliga á hacer *fiesta* á pesar nuestro.

Sudamos el quilo por kilo-litros y os envidiamos, á vosotros, habitantes de los trópicos, que teneis la suerte de sentir una brisa refrescante en los días más calurosos.

Aquí no tenemos esa dicha: la atmósfera es de plomo; el aire tiene pereza de correr, y si por ventura quiere soplar la *brisa*, se convierte en *brasa* su aliento al contacto de los rayos del sol.

Algo grave debe sucederle al astro del día, pues raras veces ha dado muestras de tanto acaloramiento.

Está insoportable y terco y hasta peligroso, pues la ha dado en aporrear á los miseros mortales que tienen la desgracia de ponerse al alcance de sus rayos.

Y cuidado que no son pocos los que han muerto de resultados de un *coup de soleil*; un día 103, otro 125, y así vá diezmando al género humano el rubicundo Febo.

Lo que es el termómetro es ya un instrumento inútil. Se ha puesto á tales alturas que, á menos que uno tenga la talla de Og, de Goliath ó del gigante Ferragut, es imposible alcanzar á ver los grados que marca.

Sin embargo, no es extraño que con el calor que hace, se haya *degradado* de esa manera el termómetro.

Por huir de él, me subiría yo á la cumbre del Himalaya.

La Junta cubana toma la cosa con mucha *frescura*, y eso que para hacerle la temperatura más agradable se pegó fuego al edificio donde tiene su oficina.

Conviene advertir que no fué por orden de Marcano, ni de Mármol, ni de Cavada, si nó por *combustion espontánea*.

Por desgracia, los bomberos acudieron y apagaron el fuego, ántes de que hubiera hecho estragos en la oficina de la Junta.

Por desgracia, éra domingo y los junteros estaban fuera, pues si he de serte franco, no hubiera visto con disgusto convertirse el laborantismo en *roast-beef*.

Es tanto lo que suda Jordan, que está hecho un río: no sé si por efecto del calor ó del esfuerzo mental que necesitó hacer para redactar la última proclama.

No son menos copiosos los sudores de Doña Emilia, la cual tiene los huesos tan reblandecidos, que parecen de mazapan. Dice que ha perdido quince libras desde que principió el verano, pero nadie ha podido dar con ellas todavía. Es preciso poner esta noticia en cuarentena, porque ya comprenderás que de ser cierta, muy pocas onzas deben quedarle á la egrégia suripanta.

Lo peor de todo es la predicción que un astrónomo de Nueva Jersey nos ha hecho por medio de los periódicos.

Asegúranos ese buen señor, con un aplomo que hace encrespar los cabellos, que los días más calurosos de este verano han de venir todavía, y que el calor que sentimos ahora es una temperatura deliciosa y primaveral comparada con la que tendremos á principios del mes entrante.

Ponte en mi lugar, JUAN PALOMO, y hazme la gracia de oír ese vaticinio sin conmoverte.

Después de esto, creo que no pretenderás que te dé noticias frescas.

Y, sin embargo, tengo una de sin igual *frescura*, una noticia tan refrescante y sabrosa, que la he guardado para los postres, á guisa de sorbete.

Ha llegado Quesada.

Sí, el héroe más grande que han visto los siglos, el caudillo de los Tunos, de quien puede decirse que, «donde pone las manos no vuelve nunca á verse una peseta,» ha regresado de su misión á Inglaterra y Francia.

Cuando entró en la bahía de Nueva York el vapor que conducía tan ilustre personaje, un grandioso espectáculo se ofreció á la vista del perinquito generalísimo.

La entrada de la bahía, las inmediaciones de Sandy Hook y del faro, y fuera de la barra, estaban literalmente cubiertas de lanchas, yates, goletas, vapores de río y hasta buques de gran porte, empavesados todos y llenas las cubiertas de apiñados curiosos que tremolaban pañuelos y banderolas y sacudían sus sombreros.

Quesada se conmovió ante tan lisonjeras demostraciones y contestó con afectuosos saludos de reconocimiento, agitando su pañuelo con toda la dignidad de un hombre que está convencido de lo que vale.

Cuando hubo desembarcado, averiguó que todos aquellos buques y aquella entusiasta multitud habían ido á presenciar la llegada de los yates *Cambria* y *Davutless*, inglés el uno y americano el otro, que habían salido de Inglaterra á una regata internacional y se estaban esperando por momentos.

El único periódico que ayer dió cuenta de la llegada de Manolito, fué el *Sun*, y lo hizo bajo este epígrafe.

Quesada y Napoleon.

Siempre se ha distinguido el *Sun* por dar á cada cosa el lugar que le corresponde.

Nosotros hubiéramos dicho: «Napoleon y Quesada;» y por esto tal vez dicen los ingleses que la sintaxis española pone el carro delante del animal.

El *Sun* es más lógico y ha colocado el animal delante del carro.

Lo que dice Quesada que ha hecho en Londres y en París es una epopeya que no se puede cantar en prosa.

Lord Clarendon le prometió el apoyo de Inglaterra y de los ingleses; pero desgraciadamente murió el eminente estadista, y se queda Manolito con muchos *ingleses*, pero sin Inglaterra.

Napoleon, que comprendió todo el valor de un aliado como Manuel de Quesada, se apresuró á firmar con él un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Tal vez á esta circunstancia se deba la declaración de guerra contra Prusia.

¿Quién sabe?

JOHN BULL.

BARCELONA, 9 DE JULIO.

Amigo mío: vamos al grano.

El grano, para mí, es escribirte mi epístola; para las muchachas, encontrar un novio rico, jóven y bien parecido; para Prim, sentar á Leopoldo en el trono, y, para cada uno, lo que más desee.

Pero como que del dicho al hecho hay gran trecho, y yo he empezado diciéndote que vamos al grano, he contraído el compromiso de probártelo, y esto es lo que voy á hacer ahora.

Vamos al grano, y puedes comprenderlo en la acepción absoluta de la palabra, porque real y materialmente, todo vá al grano de algunos días á esta parte en la histórica y nunca bien ponderada ciudad de los condes, y sus alrededores.

De manera que se puede decir:—todo vá al grano, tan perfectamente como te hubiera podido decir en mis anteriores que todo iba á la flor.

Sal al campo y verás el trigo caldeado por los rayos de un sol que abrasa, dorado como la ilusión de una niña, y esperando, como carta de su fulano, que llegue el deseado día de la siega, y confesarás conmigo que el trigo vá al grano.

Vente á una casita, que como las que pinta Trueba, tengo entre cuatro naranjos, y los dorados globos de su sabrosa fruta, te convencerán de que los árboles de mi huerto ván al grano.

Y este espectáculo de la naturaleza, impresionando, como era natural, á la muchedumbre que pulula sobre su inmenso caserío, ha producido un espíritu de imitación en cuantos la admiramos, que desde que se observó el hecho, todos vamos al grano.

Bajo este concepto pues, apareció en la arena literaria de ésta, un periódico titulado *El Ponton*, y como que seguramente para él será paja lo de andarse por los trigos de la buena cortesía y la delicadeza, empezó á insultar á diestro y á siniestro, ocultando cobardemente los nombres de sus redactores, para evitar las situaciones difíciles en que debía colocarles el tener que dar explicaciones de cosas que, si ahora les hacen salir los colores al rostro, cuando madurado su entendimiento, haya ido al grano su sensatez, se arrepentirán mil veces de haberlo hecho.

Como decía, pues, *El Ponton* se fué al grano é insultó descaradamente á todo el que le sujió su emponzoñada musa, y entre los insultos todos, ocupó un lugar distinguidísimo el batallón de Voluntarios de la Libertad, que sin duda para conservar el *desorden* á pesar suyo, ha instalado el gobierno en nuestra tumultuosa Barcelona.

Durante algun tiempo, fué paja cuanto respecto á los

insultos que se les dirigían contestaban los individuos; pero determinaron el otro día ir al grano, y apalearon á un redactor.

El público tomó por su cuenta la defensa del apaleado, y hemos pasado en Barcelona dos ó tres días de zozobra é inquietud general, durante los cuales han salido á relucir navajas, los garrotes han descrito algunos molinetes en el aire; y, suma total de todas estas inconveniencias, ha sido, según he oído decir, dos muertos, algunos heridos y varios contusos.

Los teatros, los establecimientos públicos y los industriales, que son los que más positivamente van al grano, se han resentido del hecho, y nada más que paja ha habido para ellos durante los días que ha durado el conflicto.

Dicen los autores dramáticos descontentos de que sus obras no tengan éxito, que esto consiste en que los que son aplaudidos no desperdician recurso, por estragado que sea, para que produzcan efecto las producciones, y así malean al público, y arrastran el arte, con el solo objeto, según ellos, de *ir al grano*.

Uno de los señores que así se lamentan, acaba de escribir una parodia titulada *La pasión política*, en la cual se apela á los más exagerados y groseros recursos, para producir efecto y alimentar el apetito del vulgo.

La obra ha tenido un éxito extraordinario, por la malicia y ponzoñosa sátira de que está plagada; y el autor, á pesar de ser de la escuela de los que claman tanto contra los que *van al grano*, dudo mucho que deje de percibir la parte de derechos que le correspondan, ni impida que se represente una cosa que tan abiertamente se declara contra el respeto mutuo que nos debemos los ciudadanos, y el buen gusto literario.

Los periódicos que pertenecen á la escuela de los descontentos, ponen tan sublime parto en las estrellas, con el solo objeto de mortificar al bando opuesto, y así prueban categóricamente que lo que sienten algunos, no es que otros *vayan al grano*, sino que no sean ellos los que puedan ir.

Una cosa ha sucedido, y esta sí que prueba que entre tantas personas y cosas como van al grano, aún quedan cosas y personas que se alejan de él, por lo insustancial de lo que se proponen ó hacen.

Precedida del grato olor de la retama, y los rústicos acordes del tamboril y la gaita, llegó la octava del Corpus, y el alcalde popular D. Francisco Soler y Matas, creyó *ir al grano* haciendo vestir los gigantes y mandando que todos los empleados del ayuntamiento concurriesen á la procesion.

Esto se hizo, y aquí empezaron los debates y las discusiones, todo para ir á la paja, porque de ninguna manera puede ser el grano, una cosa que para mí no tiene ninguna importancia moral ni material.

La tolerancia religiosa está decretada, como sabes, y con motivo de exhibirse el magestuoso espectáculo de la fiesta del Corpus, creyeron los protestantes que ellos también debían echar su cuarto á espadas, y en un vehículo singularmente extraño, empezaron á pasear por las calles de esta capital vendiendo, por medio de anuncios, sus biblias y sus libros.

Creo que por casualidad se encontró el carruaje en la calle de la Libertad, en que por no poder pasar, iba detrás del Santísimo Sacramento, y esto produjo en el público católico una rechifla, que yo, que hago medio entre los dos extremos, desapruebo tanto, como el que el coche marchase detrás del pálido.

Estamos en el corazón del estío, como si dijésemos en el cráter del volcan, y un calor bochornoso nos compensa las incomodidades que nos trae, obligando á las bellas barcelonesas á enseñar algo más que sus lindos rostros á los admiradores paseantes.

En esto sí que se verifica el raro contrasentido de que yendo uno á las flores, vá al grano.

Las flores están en los rosales, que erizados de espinas y coronados de rosas, embalsaman los jardines, y el *grano* en enamorarse de una de nuestras lindas muchachas, hacer con ella la última calaverada, y acabar seriamente lo que ha empezado entre los acordes de la orquesta de los Campos Elíseos, ó algun chiste agudo de una de las piezas catalanas que con tanto éxito se representan en el Tivoli.

Se han sorteado ya en la exposicion de Bellas Artes los lotes que debían pagarse en cuadros, y al aplaudido autor dramático D. Eduardo Vidal, le ha cabido en suerte el primero de dichos premios, sin que haya hecho para alcanzarlo, ni más ni menos que otro cualquiera que habiendo tomado tantos billetes como él, no ha sabido dar con el verdadero número.

Y aun esto es lo de menos: yo comprendo que haya quien no quiera el afortunado guarismo, lo que no comprendo es que después que uno ha tomado el billete que ha de salir premiado, quieran otros ni de balde los que de ninguna manera pueden serlo.

¿Qué te parece de mis consideraciones?

Estas serán sin duda las que para su colete hacen todos los que no toman billetes nunca.

En cuanto á teatros veraniegos, debo decirte que por ahora, los Bufos Arderius, y la modesta empresa de los jardines del Tivoli, son los únicos que *van al grano* entre los muchos empresarios que van al cielo, por los caminos de flores de sus elegantes teatros.

Un verdadero huracán se ha desencadenado contra los *bufos*, y escudados con que defienden el arte y el buen gusto, he leído en algunos periódicos hasta insultos contra el empresario y los artistas que componen las compañías, lo cual no me parece de más buen gusto literario que los libretos de las obras bufas, ni más armónico que las desatentadas notas de sus partituras.

Ello es cierto que la cosa es detestable en su conjunto; pero no veo motivo para insultar á nadie, y menos cuando por efecto de embolsar el señor Arderius mucho

dinero, y tal vez muy poco el que le zahiere, podría tomarse la crítica por efecto de un sentimiento que tiene para mí la calificación más dura.

Pero los bufos resistirán todos los embates, porque tienen un arma de poderosa fuerza, un elemento que existirá hasta el día en que la humanidad desaparezca. Las mujeres.

Mientras el hombre sea hombre, gozará en ver con alguna libertad lo que generalmente recatado por estos mundos anda; y esta debilidad, propia de nuestro sexo, hará que el señor Arderius vaya al grano, á despecho del arte y sus innumerables defensores.

Burla burlando he llenado mis cuartillas, y supuesto que para mí esto es haber ido al grano, me despido, y cuando se haya verificado prácticamente lo que con tanta galanura sienta aquel verso que dice: «Y viene la Primavera—luego el Otoño, y se ven—tostadas hojas y flores—desde las ramas caer;» te escribiré apoyando su correspondencia en el Otoño, como apoya esta en el Verano, tu amigo que de corazón te quiere,

SERAFI PITARRA.

PUERTO-RICO, 29 DE JULIO.

Cuentan que estando el general Baldrich en uno de los pueblos que ha recorrido en su visita, estaba tocando la música danzas del país, y uno de los asistentes dijo al general si quería oír la danza insurrecta de Lares; Baldrich contestó que no tenía inconveniente en ello, pero que mejor sería dejarlo para si se reproducía la escena de Lares, pues entónces podrían tocar la danza y él se encargaría de hacerla bailar. ¿No te parece, JUAN PALOMO, que es una buena contestación, capaz de haber dejado con una cuarta de narices á éstos suavecitos y aprovechaditos maestros en tretas?

Somos felices, PALOMO; repica los sartenes y cazuelas, porque nos hemos salvado. Ya tenemos una ley de Ayuntamientos flamante y bonita como una flor, y, al decir de las gentes dadas á meterse en todo, están encargados de su planteamiento dos diputados, los Sres. Valdés Linares y Becerra. Mucho temo que esto nos meta en un berengenal que te pintaría hasta con las berengenas más chiquitas, si no fuera porque es posible que te pintara varias calabazas. Se ha hecho correr la voz de que Baldrich se mosquea y no quiere dar el pase á la nueva ley; pero no lo creo, porque segun dicen las gentes que todo lo husmean, el general dice que hará ejecutar cuanto le mande el gobierno y acuerden las Cortes.

Esas mismas gentes, que siempre andan á lo que salta y oliendo cocinas, dicen tambien que si el general no recibe en este correo la aprobacion de ciertas economías al por mayor que propuso al gobierno, dejará esto sin esperar á razones. Tampoco lo creo, ni la cosa vale la pena de abandonar el puesto.

Baldrich ha vuelto muy contento y satisfecho de su visita á la Isla. Ha encontrado, lo mismo que sus predecesores, músicas, bailes, banquetes, versos, discursos y otras pequeñeces; ha oido grandes protestas de espaniolismo, ¿qué cuesta protestar? y otras varias lindezas.

Supongo que el general, como perro viejo, habrá dicho aquello de: «á perro viejo no hay tus tus.»

En el mismo correo que lleva esta epístola vá el general Palanca, segundo cabo que ha sido en esta Isla, y cuya dimision le ha sido admitida, viniendo en su reemplazo un brigadier, el Sr. Izquierdo, hermano del Capitán General de Madrid. Esta es una reforma bien hecha, porque no se comprende por qué habia de haber dos generales para un ejército compuesto de cinco balallones por junto. Van tambien vários de los empleados que han quedado cesantes á consecuencia del nuevo presupuesto, cuyo número se aproxima á cuarenta. Siempre que pienso en los empleados, me figuro un árbol combatido por vientos varios, pero siempre de pié: cuando sopla el viento de las economías, se podan las ramas y queda muy orondo; cuando sopla el del lujo disfrazado de buen servicio, se pone muy frondoso, y las ramas cortadas lo ménos se triplican. Nosotros siempre tejiendo y desteyendo.

Acabo de saber que uno de los artículos de la ley de Ayuntamientos de que ántes te he hablado, autoriza á los alcaldes para que por su propia y autonómica autoridad puedan dar licencias para uso de armas, aplicando su producto como un arbitrio para los fondos municipales. Tómame esa y vuelve por otra. Parece imposible tanta candidez, que se parece como un huevo á otro á una linterna.

Allá veredes, dijo Agrages, y al freir será el reir.

El espíritu público mejora; la contricción perfecta es

deconocida á esta gente; pero obran por atrición, y esto basta.

Adios, JUAN PALOMO, tal vez en otro correo tenga que contarte algunas lindezas

JUANITO.

ANTONIO FERNANDEZ GARCIA.

Nada más grato para JUAN PALOMO, que poder dar cuenta á sus favorecedores de cuantos adelantos y cuantas materias útiles é instructivas asoman en el horizonte de la civilización, máxime si esos adelantos, si esas materias conciernen á su querida España.

Los apuntes biográficos y el retrato que hoy les presenta, se dirigen á darles á conocer un fenómeno de inteligencia y actividad que tenemos en nuestra patria.

«Un génio superior á los que abundan en nuestras provincias meridionales, dice el periódico de donde extracamos estos apuntes, ha aparecido entre nosotros, prometiendo eclipsar á las más grandes lumbreras del saber humano con su raro talento natural, su rápida perspicacia y una actividad portentosa. Nos referimos al ilustrado jóven Antonio Fernandez Garcia, digno émulo del malogrado y dulce poeta Rodriguez Cao, cuya muerte lloramos.»

Y así es, á no dudarlo: nacido en Málaga el 14 de Setiembre de 1852, apénas cuenta diez y ocho años de edad el jóven Fernandez, y ya se ocupa de empresas, que no se han atrevido á abordar los hombres más ilustres de España.

En 1867, es decir, á los quince años y sin terminar sus estudios mayores, fundó la Sociedad de amigos del pueblo *La Ilustracion*, en la ciudad que le vió nacer, y fué elegido su presidente por unanimidad, cuyo difícil cargo desempeñó con el mayor tino, á pesar de su corta edad.

Más tarde, en 1869, y cuando el sol de la libertad deramaba ya sus rayos vivificadores sobre la España, se trasladó á Madrid y creó una pequeña asociación con el laudable objeto de allegar caudales para fundar escuelas de primeras letras, talleres y bibliotecas en las cárceles y presidios de la nacion, debiéndose á su iniciativa la actitud que tomaron varios pueblos pidiendo á las Cortes Constituyentes reformas en el sistema carcelario y celular que hoy rige en el país.

Pero lo más grande, lo más portentoso y admirable es, que de algun tiempo á esta parte se ocupa sin descanso en una cuestion grave, gigantesca y que á tener apetecible solución, como se espera, señalará un hecho notabilísimo en las páginas de nuestra historia; el jóven Fernandez Garcia trata nada ménos que de la devolucion de Gibraltar á España por Inglaterra.

A este fin, se ha puesto en contacto con los primeros hombres de ámbas naciones, llegando á obtener un documento autógrafo del señor Sagasta, ministro de la Gobernacion entónces, en que le prometía que el gobierno español se ocuparía de este asunto y otro del ministro inglés Bright, ofreciéndole gestionar cerca de la reina Victoria y su gobierno la devolucion de la expresada plaza á España.

No contento con esto y en su incansable afán de ser útil á la patria, ha dirigido una carta excitacion á los miembros de la Cámara de los Comunes de Inglaterra, de la que hablan los periódicos ingleses, tributando los mayores elogios al jóven Fernandez, en la que les suplica obren en justicia al tratar la cuestion de Gibraltar, les recuerda la amistad que une á ámbas naciones y la poca importancia estratégica que hoy tiene aquella punta de tierra ante una escuadra de barcos blindados.

Como prueba de la actividad é interés con que en España se están ocupando en estos momentos de recuperar el trozo de nuestra tierra, donde otra nacion tiene sentados sus reales hace más de siglo y medio, vamos á copiar íntegro el anuncio publicado por la prensa española y extranjera y que nos proporciona otro dato que añadir á la compendiada biografía del jóven Fernandez Garcia, que al presente delineamos:

«El día 5 del presente mes de Agosto, aniversario ciento sesenta y seis de la toma de Gibraltar por los aliados del archiduque Carlos de Austria, se verificará en Madrid la apertura del CONGRESO EUROPEO de libre-pensadores, que, bajo la presidencia del Sr. D. Antonio Fernandez y Garcia, se ocupará de gestionar la devolucion de la expresada plaza, dirigiendo mensajes á las Cámaras inglesas y á S. M. B. la reina Victoria.

«Notas. Se recomienda la asistencia. «Se ruega á todos los periódicos reproduzcan este aviso.—FRANCISCO LOPEZ.»

No basta cuestion tan grave, á pesar de su magnitud, para absorber toda su atencion; se ocupa á la vez de la creacion de bibliotecas populares para la enseñanza y

estudia el modo más fácil de erigir un monumento en Murviedro que conmemore las glorias de la antigua Sagunto.

Hace más de tres años, está en correspondencia con la sociedad civilizadora de Lóndres, con el objeto de llevar los adelantos europeos á la parte más inculta de Africa, que la *Propaganda fide*, accediendo á las instancias de Fernandez, se propone civilizar.

Tal es el jóven que desde sus primeros años promete con su talento y actividad ser tan sábio como buen patriota y quiera Dios que sus laudables proyectos obtengan un éxito feliz.

JUAN PALOMO procurará por todos los medios seguirle en los pasos de su brillante carrera, y promete con el mayor gusto, tener á sus lectores al corriente, no solo del resultado de la grave cuestion de Gibraltar iniciada por él, sino de cuantos detalles se relacionen con la vida del ilustre jóven que ha de dar más de una página de honor á la historia de España, y cuyo retrato tiene hoy la satisfaccion de ofrecerles.

JUAN SOLDADO.

EL MARUGA.

Se me ha puesto hoy en la cabeza sacar á la espectacion pública al maruga.

¿Saben ustedes quién es el maruga?

El maruga es el eterno castigo de los prestamistas; la sombra de Nino de todos los que tienen establecimiento abierto y casas para alquilar; el objeto de las iras de todos los cobradores; la desesperacion y el desencanto de todos los dependientes de mostrador y de almacén.

Lo diré más claro.

Llámase aquí maruga al que compra á crédito con la deliberada intencion de pagar tarde, mal ó nunca: tres plazos á cual más cómodo para aquellos á quienes pesa poco la vergüenza.

De más está el decir que estos deudores sempiternos, por deberlo todo, hasta el nombre deben á sus constantes acreedores.

Si mis lectores me preguntan el origen de tan estrambótico nombre, me pondrán en el vergonzoso caso de tener que decirles que lo ignoro. Más vale, pues, que renuncien á esta bagatela y se contenten con la descripcion que del maruga me he propuesto hacer.

Es el maruga un ser especial, que tiene bastante semejanza con el hombre y tambien con otras muchas cosas.

Por ejemplo. Se parece al humo en lo de entrar en todas partes sin pedir permiso, y muy frecuentemente en el modo de tomar las de Villa-Diego.

Se parece á la peste, en que hace invasiones..... en la hacienda agena; y en que produce casos que siempre son fatales para el atacado.

Se parece á los turcos, en que no bebe vino..... sino cuando el bodeguero comete el enorme desacuerdo de fiárselo, ó cuando algun infeliz comisionista, creyéndole persona de arraigo, le manda una botella de muestra, acariciando—¡ay!—la falaz esperanza de venderle unas cuantas pipas.

Se parece á las personas decentes..... en el modo de hablar cuando pide; y en el de vestir cuando el sastre tiene la flaqueza de proporcionarle ropa seca á cambio de papel mojado ó de buenas palabras.

Se parece á un espejo, en que reflejan exactamente las opiniones políticas, filosóficas, económicas y tauromáquicas de aquellos que intenta sacrificar á su eterna manía de insolvencia. Y este es el rasgo más característico del maruga.

Oígasese perorar en donde predominen el rojo y el amarillo, y será más español que JUAN PALOMO, que es cuanto hay que decir.

Oígasese en una reunion de mochuelos laborantes, y á su lado Céspedes, Cavada y Aguilera podrán pasar por españoles rancieros.

De aquí que no se le pueda tachar de laborante ó de mambí, ni loarle por español; pues él no es español, ni mambí ni laborante, ni se permite el lujo de tener opinion propia.

El maruga no tiene Dios, patria, ni ley. Y en esto se parece á los mambises. Hé ahí otra semblanza que se me habia pasado por alto.

Para el maruga todos los hombres son ingleses, y todos sus esfuerzos tienden á hacerse el sueco.

Pero si en esta parte es tan fácil delinear el tipo del maruga, no sucede lo mismo al intentar su retrato físico.

De él no se puede decir que es flaco, seco y largo como espátula de farmacéutico; porque también suele ser gordo y corto como saco de arroz.

No se puede decir que es trigüño, lampiño y desdentado, porque yo los he visto rubios, con más barbas que un capuchino y más dientes que un tiburón.

Tampoco puede decirse que tiene el pie pequeño y arqueado y sin juanetes, callos, ojos de gallo y demás alifafes; porque hay muchos que se apoyan y descansan sobre sólidas, largas y anchurosas bases, con más puentes que una escuadra, más callos que un bodegón de mi tierra, y más ojos que caldo de viénes.

Y si digo que tiene piernas y brazos de alambre y el pecho y el abdomen en contacto con la espina dorsal, á guisa de bota vacía de vino y aire, me espongo á que el mejor día me desmienta con su presencia un maruga de hercúleas formas y con un navío por abdomen.

Para eludir estos inconvenientes, para evitar estos escollos, paréceme lo más prudente decir que el maruga es alto, flaco, seco, bajo, obeso, rubio, trigüño, lampiño, barbudo, desdentado, derecho, encorbado, giboso, tuer-to, miope y présbita, todo junto. ¿Quién no se figura estarlo contemplando después de tantas y tan minuciosas y exactas señas?

El maruga se divide en varias categorías.

Hay el maruga incipiente, el veterano, el fósil, el diplomático y el invisible.

Incipiente es el que alegando haberse dejado en casa el portamonedas, contrae á la vez la primer deuda y la cómoda costumbre de seguir dejándose en casa el dinero.

Es veterano, el maruga fogueado; el que ántes de salir de casa tiene que trazarse un complicado itinerario para dirigirse á donde le llaman sus obligaciones, tropezando con el menor número posible de acreedores. Tarea peliaguda, que requiere más tacto, y más táctica, y más génio estratégico que la de trazar un plan de campaña para un ejército de quinientos mil hombres. De estos los hay que para ir de la Plaza Vieja á la Plaza de Armas, se ven forzados á adoptar la vía marítima. ¡Tan plagados de acreedores tienen las calles de la Habana!

El fósil debe su existencia al decreto que abolió la prisión por deudas. Estóico por excelencia, sufre tan impertérrito las insinuaciones, quejas, improperios, y aun palizas de los cobradores, cual si fuese enteramente ajeno á la cuestión. Es el que suele salir mejor librado, pues poniendo al acreedor en la cruel alternativa de matarlo ó dejarlo, éste casi siempre opta por el último extremo, porque—lo haré constar—el acreedor no es sanguinario: aprieta, pero no ahoga.

Llámase diplomático el que, empezando por labrarse una envidiable reputación de buen pagador, luego que la tiene bien sentada, dá el primer asalto á su confiada víctima, asalto que es invariablemente seguido de otros muchos, que acaban por dar al traste con la buena fama del diplomático y la deplorable confianza del pagano.

El invisible, como lo indica su mismo nombre, reúne á las excelentes cualidades que adornan á todos los demás, la de no estar nunca en casa. Lo curioso del caso es que á fuerza de asegurar que «no está en casa,» llega á creérselo él mismo á puño cerrado, y necesaria es á veces toda la fuerza de argumentación de un palo de granadillo puesto en vigorosas manos, para sacarle de su añeja creencia.

Y concluyo, porque ya estoy de maruga hasta aquí. Al decir esto me llevo el dedo índice á la nariz.

Creo, además, haber dado á conocer esa perjudicial alimaña lo bastante para que todos mis amigos se guarden de ella.

¡Cuántos de mis lectores, víctimas del maruga, arrugarán el entrecejo al llegar á este punto de mi artículo!

¡Y cuántos otros no lo arrojarán con despecho ántes de llegar aquí!

Ya me parece oír exclamar á coro á una gran parte de ellos:

—«¡Buen hombre! No se moleste en darnos á conocer el maruga, que demasiado lo conocemos ya por desgracia, desdicha y desventura nuestra. Si pudiera hacer que nunca hubiéramos conocido á tan odioso ente, le erigiríamos á usted estatuas, y pasaría su nombre bendecido de acreedor en acreedor hasta la consumación de los siglos!»

¿Y qué? ¿Pues me gusta la ocurrencia!

¿Cómo demonios me las he de componer para que, aventajando á las leyes, tengan mis buenos deseos efecto retroactivo?

¡Hombre, muchas gracias!

¿Se han creído ustedes que es un desertor del cielo el infeliz

JUAN DANDOLO?

SARTENAZOS.

Han llegado á esta capital las señoras Doña Juana de Dios Varona, hermana del cabecilla *Bembeta* y Doña Amalia y Doña Matilde Simoni, esposa la primera del general *maniguero* Ignacio Agramonte.

La de Varona marchó ya para los Estados Unidos y las de Simoni continúan en la Habana.

Ya habrán visto estas hermosas camagüeyanas (no quita lo cortés á lo valiente) que por aquí no se come la gente cruda y que nadie se ha metido con ellas, á pesar de sus parentescos con los principales adalides de la *mambisería*.

Son mujeres al fin y el pueblo español sabe muy bien respetar al bello sexo.

* *

—¿Por quién está Vd., milord? ¿Por Francia ó por Prusia?

—¡Mi estar en política por vientre mío!

* *

¡Pif! ¡paf! ¡pum!

—Han sonado unos tiritos, pero eso no es nada todavía.

—¡Hombre! pues ya es tiempo de que se arme la gorda! Llevan más de quince días al rededor del Rhin y ni siquiera han apuntado un albur.

—Es que están observando juego.

* *

En el cuerpo legislativo francés ha asomado la oreja otro Díaz Quintero.

Cuando la Francia entera desea pasar el Rhin y Mr. Granier de Cassaguac decía: «Tomemos el Rhin y podremos rebajar cien mil hombres del ejército,» salió una voz de los bancos de la izquierda exclamando:

—«¡Pues tratad de tomarlo!»

Esto ha producido un escándalo, no me atrevo á decir que tan gordo, como el causado por las palabras del Sr. Díaz Quintero entre los voluntarios de la Habana.

Varios oficiales del ejército francés han dirigido una carta retando al diputado que pronunció aquellas palabras y en el caso de que no se atreva á darse á conocer, desafían á toda la izquierda, como responsable de los sentimientos expresados por uno de sus individuos.

Pero parece que el Díaz Quintero francés no está por dar la cara temeroso de que se le agujereen.

¡En todas partes cuecen habas!

* *

Un mambí muy presumido con ribetes de cortés, quiso festejar á Inés regalándole el oído. Buscó una frase galante y le dijo:—¡Por mi estrella que hoy está usted, Inés bella, en estado interesante!

* *

El celebrado artista D. Carlos Ortells, acaba de colocar en un magnífico cuadro el retrato del inolvidable Castañón, que hace tiempo venía trabajando, y que indudablemente es una de las obras de más mérito que hemos visto en su género. Formado del cabello del malogrado director de *La Voz de Cuba*, el retrato á que aludimos y concluido después de largo tiempo de trabajo y con el mejor éxito, es digno de ser examinado por las personas inteligentes.

Puede verse en la calle del Obispo, número 125, entre Villegas y Bernaza.

Felicitemos al Sr. Ortells por su esmerado trabajo y no dudamos que obtenga la debida recompensa.

* *

Yo no sé si será indiscreto al decirlo; pero aseguro que si callo, reviento, como el portugués de marras.

Los voluntarios de la Habana, en representación de los de la Isla, honrados con lo que dijo una digna y encumbrada persona, á quien JUAN PALOMO quiere por sus hechos y respeta por su posición, propósito de las columnas palabras de Díaz Quintero, y, sobre todo, por el carácter con que contestó, han concebido la idea de obsequiar con.....

—Señores, no se ofendan ustedes por mi indiscreción;—con un equipo completo de voluntario, desde el traje al armamento.

Acompañará á ese equipo una serenata en que tomen parte las músicas de todos los cuerpos, y á una y otra

cosa, los votos ardientes de todos los españoles de Cuba. Y... no digo más, porque como dijo el otro, de lo bueno, poquito.

* *

La Revolución de Nueva-York, con ese tono de cómico desdeñoso que emplea para hablar de las cosas de España, dice que nuestra nación tomará en el actual conflicto europeo la actitud que le plazca al emperador francés, porque España no tiene voluntad propia ni otra línea de conducta que obedecer las órdenes que le vengan de Francia.....

¡Valiente mozo está el que estos disparates escribe, y aun diría ¡valiente bruto! si no temiera mortificar la delicadeza de mis lectores!

Los monarcas franceses jamás han impuesto su voluntad á la gente española; el gran Napoleón nos regaló un rey hecho de encargo, y los españoles lo echaron de golpe y porrazo, sin importarles un comino el desagrado del augusto Emperador, hermano del augusto Pepe Botella, tíos augustos ámbos del augusto Emperador actual.

Con que, ya sabe el articulista de *La Revolución* hasta qué grado es eficaz en España la influencia francesa.

* *

Cárlos VII, ó el niño *terso*, para que lo entiendan mejor, ha ofrecido su espada á la Francia.

Yo no sé lo que habrá hecho Francia con la espada de Cárlos VII, pero seguramente la habrá guardado donde él no pueda dar con ella, porque es muy peligroso que los tontos y los niños jueguen con armas prohibidas.

* *

Ayer á las siete de la mañana, se celebraron con toda pompa en la capilla-parroquia del Arsenal, honras fúnebres en honor á la memoria del almirante que fué, D. Angel Laborde, distinguido jefe, cuyos restos, depositados ya en el espresado templo, van á ser conducidos á España por el vapor *Fernando el Católico*, con destino al Panteón Nacional de hombres ilustres, existente en Madrid.

El pequeño y elegante templo del Arsenal estaba perfectamente decorado, con la severidad que el objeto requería, y á su frente se había construido un templete compuesto de trofeos y banderas del mejor gusto y efecto.

* *

Parece que las musas del parnaso marítimo de nuestra armada, han tenido una galante y entusiasta muestra general de justa ovación, y que rendirán sus obsequios en un álbum de familia, pues tal título merece, á la Excmo. Sra. Marquesa de San Rafael, digna esposa del Exmo. Sr. Comandante general del Apostadero.

Como quiera que en fiestas de familia, JUAN PALOMO solo puede hacer lo que su oficio indica, esto es, *oler donde guisan*, recogerá todos cuantos datos pueda, anticipando como lo hace esta noticia, á sus constantes favorecedores.

La idea y la persona que la ha despertado son, dignas una de otra.

* *

En cinco incendios ocurridos en los Estados Unidos en un solo día, se ha quemado por valor de seiscientos noventa y cinco mil pesos.

¿Habrá por allí mambises?

* *

Entre las cualidades que los periódicos españoles atribuyen al príncipe Leopoldo (cuyo boceto á la pluma publicaremos en el próximo número, anticipando en el de hoy su retrato), se cuenta la de pertenecer á las sociedades masónicas.

Dice un periódico francés que el gran Oriente de las logias de Berlín ha autorizado al caballero Leopoldo *Ole ole sin melindres*, para que acepte la corona de San Fernando en virtud de recomendación hecha expresamente por el gran Oriente de las logias de España.

¡Pues vaya una recomendación!

FLORESTA HISPANO-AMERICANA.

Con el presente número repartimos

la hoja número 7

de esta colección de dibujos, correspondiente á Julio último, con que obsequia mensualmente Juan Palomo á sus favorecedores.

Al mismo tiempo rogamos á aquellos señores suscritores y agentes cuyos abonos han terminado en 31 del mes próximo pasado, se sirvan renovar sus suscripciones si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

IMPRENTA MILITAR, RICLA 40.